

EL HOMBRE QUE NO ERA NADIE
Edgar Wallace

EL HOMBRE QUE NO ERA NADIE

Edgar Wallace



<http://www.librodot.com>

OBRA COLABORACIÓN DE USUARIO

Esta obra fue enviada como donación por un usuario. Las obras recibidas como donativo son publicadas como el usuario las envía, confiando en que la obra enviada esté completa y corregida debidamente por quien realiza la contribución.

1

UNA CARTA MISTERIOSA

BIEN, ¡ya le has cazado! ¿Que piensas de él? Los labios delgados de Augusto Javot esbozaron una cínica sonrisa, mientras contemplaba el espectáculo. La confusión reinaba en el pequeño gabinete; los muebles habían sido arrimados a las paredes, a fin de dejar a los bailarines un poco más de espacio. La mano de un borracho había arrancado un aplique eléctrico de un tabique, y un gran jarrón de lilas blancas había sido roto y arrojado al suelo, donde yacía, formando un montón de trozos de china y flores deshojadas. En un rincón de la estancia lanzaba sus notas mecánicas una pianos, y media docena de parejas se movían al compás de un paso-doble, dando pasos vacilantes entre una babel de risas y chillidos histéricos.

La hermosa muchacha que estaba al lado de Augusto Javot paseó la mirada por la habitación; y detuvo los ojos en un joven enrojecido, que en aquel momento trataba de sostenerse en el aire con las manos apoyadas en la pared, animado por los ensordecedores gritos de otro, que parecía algo más sereno que el acróbata improvisado.

Alma Trebizond levantó ligerísimamente las cejas; y se volvió para mirar a Javot.

-No se puede escoger-dijo con aire de satisfacción-, ¿no le parece? Pero es un baronet del Reino Unido y tiene una renta de cuarenta mil libras al año.

-Y el collar de diamantes de los Tynewood -murmuró Javot-. Será una cosa original verte con cien mil libras en diamantes alrededor de tu lindo cuello, querida.

La muchacha lanzó un largo suspiro, como persona que se ha atrevido a mucho y que ha alcanzado más de lo que esperaba.

-Todo ha ido mejor de lo que yo creía-dijo, y añadió-: He puesto un anuncio en los periódicos.

Javot la miró fijamente. Era un hombre de rostro delgado, anguloso, algo calvo. Sus ojos parecían los de un halcón, cuando se volvió hacia la joven para observarla con seriedad.

- ¿Has dado parte a los periódicos?-repitió, con lentitud-. ¡Creo que estás loca, Alma!

- ¿Por qué?-preguntó ella, en son de desafío-. No tengo nada de que avergonzarme... Yo valgo tanto como él. Además, no es cosa muy rara que una actriz de mis méritos se case con un par.

-No se trata de que sea par-replicó Javot-. Ese es otro asunto. El te pidió, particularmente, que mantuvieses secreto el matrimonio.

- ¿Y por qué lo iba a hacer yo?-preguntó ella.

Un ligero brillo asomó a los ojos de Javot.

-Por muchas razones-repuso, intencionadamente-, y yo podría darte alguna si hiciera falta. No mandarás ese anuncio, Alma.

-Lo he mandado ya.

Javot hizo un gesto de impaciencia.

-Mal empiezas-dijo-. Sir James Tynewood no estaba borracho cuando te pidió que quedara el matrimonio secreto durante un año. Estaba muy sereno, Alma; y tenía motivos, créelo. Encogiéndose de hombros con indiferencia, Alma se separó de él; y se dirigió al joven de los equilibrios, que ahora estaba en pie y sosteniendo con una mano vacilante una copa de champaña que su compañero intentaba llenar, con resultados desastrosos para la alfombra de Alma.

-Te necesito, Jimmie-dijo ella; y cogió al joven por un brazo.

El la miró, sonriendo.

-Espera un minuto, querida-repuso, con voz oscura-•. Precisamente, ahora voy a tomar otra copita con el viejo Mark.

-Tienes que venir conmigo-insistió ella.

El joven, sin dejar de sonreír, dejó caer al suelo la copa, que se hizo mil pedazos.

-Se ve que me he casado, ¿eh?-exclamó-. Hay que obedecer a la esposa, ¿verdad?

La muchacha le condujo al lado de Javot.

-Jimmie-dijo bruscamente-, he enviado a los periódicos el anuncio de nuestra boda.

Jimmie la miró con torpe asombro; y frunció las cejas.

-Di eso otra vez-exclamó.

-He enviado la noticia de que Alma Trebizond, la eminente actriz, ha contraído matrimonio con sir James Tynewood, de Tynewood Chase-dijo ella, fríamente-. No quiero guardar secreto nada de este asunto. ¿Es que te avergüenzas de mí?

El había soltado el brazo de Alma; y sin dejar de fruncir las cejas, se pasó las manos por los cabellos, haciendo un esfuerzo para meditar.

-Te dije que no lo hicieras-exclamó, con repentina violencia-. ¡Maldita sea! ¿No te dije que no lo hicieras Alma?

Y de pronto, cambiando de actitud, echó hacia atrás la cabeza y lanzó una carcajada.

-Esto es lo más gracioso que he oído nunca -murmuró, enjugándose las lágrimas que se le saltaban, de risa-. Vamos a beber, Javot.

Pero Augusto Javot negó con la cabeza.

-No, gracias, sir James-contestó-. Si siguiera usted mi consejo...

- ¡Bah!-exclamó el otro-. Estos días no quiero seguir consejos de nadie. Ya tengo a Alma, y eso es todo lo que me importa, ¿no es verdad, querida?

Javot le vio alejarse y cruzar la habitación, y movió la cabeza.

- ¿Qué dirán sus parientes?-preguntó, en voz baja.

La joven se volvió hacia él.

- ¿Importa algo lo que digan?-replicó-. Además, no tiene más parientes que un hermano menor que está en América, que, por otra parte, es solo hermanastro. ¿Por qué estás tan pesimista esta noche, Javot?-dijo, irritada-. Me atacas los nervios.

Javot no contestó; con la cabeza apoyada en el sofá vio cómo la joven se reunía con su marido; y se preguntó en qué terminaría aquella aventura. La diversión estaba en todo su apogeo cuando surgió un incidente.

El piso de Alma estaba en una elegante manzana que daba al parque; y la aparición de una doncella en el umbral de la puerta no quería decir a Javot sino que uno de los inquilinos del piso inferior se había quejado del ruido. Eran las interrupciones de costumbre en las

reuniones de casa de Alma.

Esta vez, sin embargo, el recado de la criada era importante, porque Alma impuso silencio a la gente; y se oyó la voz de sir James preguntar:

- ¿Para mí?

-Sí, señor-dijo la doncella-; quieren verle.

- ¿Quién es?-preguntó Alma.

-Una joven, milady-repuso la criada, que no estaba acostumbrada a dirigirse a Alma de este modo, nuevo hasta entonces.

Alma se echó a reír.

- ¿Otra de tus conquistas, Jimmie?-preguntó, y James Tynewood sonrió, halagado, porque la vanidad no era el menor de sus vicios.

-Tráela aquí-dijo en voz alta; pero la doncella vaciló-. Tráela-gritó Tynewood, y la criada desapareció.

Volvió al poco rato seguida de una muchacha. Al verla, los ojos de Javot brillaron.

"Muy linda", pensó. Y ciertamente lo era.

La recién llegada miró a los reunidos. Indudablemente, no se sentía a gusto en aquella compañía.

- ¿Sir James Tynewood?-preguntó, con una voz suave.

-Yo soy.

-Tengo una carta para usted.

- ¿Para mí?-repitió el otro, lentamente-. ¿De dónde diablos viene usted?

-De la casa Vanee & Vanee-dijo la joven, y el rostro de sir James se contrajo.

- ¡Oh! ¿De veras?-exclamó, con voz ronca.

Javot creyó notar en su voz algo de miedo.

-No sé para qué Vanee querrá molestarme a estas horas.

Cogió de mala gana la carta de la joven y le dio vueltas en la mano.

-Ábrela, Jimmie-dijo Alma, impaciente-. Esta muchacha no puede estar esperando.

Un muchacho delgado, de pelo rojo, se adelantó, y antes que la recién llegada se pudiera dar cuenta la había cogido por la cintura.

-Esta es la pareja que yo buscaba-exclamó, riendo-. ¡Dale marcha al piano, Billy!

La joven trató de librarse, pero tuvo que andar a compás de la música, sin ver en los rostros de los allí reunidos más que miradas de aprobación.

- ¡Déjeme marchar!-gritó-. ¡Oh, déjeme marchar! No debe usted...

- ¡Baila, chica, baila!-exclamó el joven; y, de pronto, sintió que le cogían por una muñeca.

-Haz el favor de soltar a la señorita, Molton. Era Augusto Javot.

-Tú métete en tus asuntos-repuso el otro, enfadado, pero sonriendo.

Javot libertó a la muchacha.

-Perdone usted-murmuró, sin preocuparse de su interlocutor.

James Tynewood abrió la carta; y Javot se interesó demasiado examinando su rostro para preocuparse de las confusas amenazas que sonaron a su espalda. Vio a Tynewood pestañear y leer el breve despacho. De repente, el baronet perdió el color y su labio inferior tembló.

- ¿Qué pasa?-preguntó Alma, al observar también aquellos signos.

Lentamente, el joven arrugó la carta; y una expresión de enfado asomó a su rostro.

- ¡Maldita sea, ha vuelto!-exclamó, con voz sorda.

- ¿Quién ha vuelto?

Tynewood no contestó, de momento.

- ¡El hombre a quien más odio en el mundo! -exclamó, por fin, guardándose la carta en el

bolsillo.

Volvió la vista hacia la joven.

- ¿Hay contestación?-preguntó ella, tímidamente, aún pálida y temblorosa.

-Puede usted decirle a Vanee que se vaya al diablo-replicó sir James Tynewood-. ¡A ver, uno de vosotros, dadme coñac!

2

EL HOMBRE DE PRETORIA

Marjorie Stedman, secretaria particular de la casa Vanee & Vanee, salió de la casa del parque, feliz por sentir de nuevo en el rostro el fresco aire de una noche de primavera. ¡De modo que aquel era sir James Tynewood! Hasta entonces, solo había sido para ella un nombre escrito en una de las cajas negras que había en el despacho de su principal.

¡Sir James Tynewood! Poseer un título antiguo y honroso, que recordaba la caballería de los tiempos pasados..., y ser un borracho, un idiota, un ser vulgar, completamente a tono con los que le rodeaban.

Se estremeció al recordar la escena.

Llegó a la oficina de Bloomsbury cuando todos los empleados se habían ido. Míster Vanee, un hombre de pelo gris, la aguardaba en su despacho, y la miró con curiosidad cuando entró.

-Bien, miss Stedman, ¿entregó usted mi carta? -preguntó.

-Sí, míster Vanee-contestó ella,

- ¿A sir James Tynewood?

La joven asintió. El abogado la miró, con más fijeza aún.

- ¿Qué le pasa? Está usted algo pálida. ¿Ha ocurrido algo?

Ella negó con la cabeza.

-He tenido una aventura desagradable-dijo, y contó lo que había sucedido.

El abogado se mordió los labios con disgusto.

-Lo siento. No creí que la recibieran así; de figurármelo, hubiera ido yo-dijo-. Ya comprenderá usted, miss Stedman, que no podía enviar a un empleado.

-Comprendo que se trataba de un mensaje confidencial-afirmó ella.

No añadió que, realmente, se había preguntado por qué no había ido otro a entregar la carta; pero como si Vanee leyera sus pensamientos, exclamó:

-Algún día sabrá por qué la he hecho que vaya a ver a... sir James Tynewood-. Le estoy agradecido. Supongo que sir James no le daría ninguna contestación.

Ella vaciló.

-Me dio una que no quisiera repetir, porque no fue muy halagadora para usted, míster Vanee-dijo sonriendo.

El abogado asintió.

-Mal asunto es este-afirmó después de una pausa-. ¿Está usted segura que sir James no dijo nada más?

-A mí, no-replicó la muchacha-. Dijo...-volvió a titubear-. Una señora le preguntó qué decía la carta; y él contestó que el hombre a quien más odiaba había vuelto.

- ¡El hombre a quien más» odiaba!-repitió el abogado, sonriendo tristemente.

Luego se levantó, encogiéndose de hombros.

-Mal asunto-dijo de nuevo, cogiendo su abrigo, que estaba colgado de una percha, en la pared; y cambió de tema-. ¿De modo que nos deja usted a fines de esta semana?

-Sí, míster Vanee, siento tener que irme. He sido muy feliz aquí.

-Desde un punto de vista egoísta, yo también lo siento-dijo el abogado, luchando con su

abrigo

pero me alegro por usted. ¿Encontró su tío la mina de oro que andaba buscando?

La joven sonrió.

--No; pero ha hecho bastante dinero en Sudáfrica, y se está portando muy bien con mamá y conmigo. Usted no conocía al tío Salomón, ¿verdad?

-Le encontré hace veinte años-dijo el abogado-. Su padre le trajo a la oficina un día, y me pareció que era todo un carácter.

Fue hacia la puerta y se detuvo, como si esperara a que saliese la joven.

- ¿Va usted a seguir trabajando?-dijo sorprendido al ver que ella no hacía ademán de seguirle.

Marjorie sonrió.

-Tengo que pasar a máquina la demanda de James Vellón-contestó. Míster Vane lanzó una exclamación de impaciencia.

- ¡Qué tonto soy! Es verdad, no debía haberla hecho a usted salir. Pero ¿no será lo mismo mañana?-preguntó sin sinceridad, porque sabía que aquello había que terminarlo cuanto antes.

La joven movió la cabeza con aire risueño.

-No me importa quedarme un poco más, míster Vane-contestó-. Esta noche no tengo nada que hacer. La demanda solo me llevará dos horas, y prefiero que sea ahora que no por la mañana temprano.

-Muy bien-dijo míster Vane-. Buenas noches, miss Stedman. Tengo el tiempo justo para tomar el tren de Brighton. La llamaré por la mañana, para que me diga usted si hay noticias de importancia.

Al quedarse sola entró la joven en el cuartito que daba al despacho del abogado, y a los pocos minutos, la máquina de escribir sonaba rápidamente, conforme Marjorie se esforzaba en terminar el trabajo retrasado. .

Había llegado ya al cuarto folio de una demanda larga y monótona, cuando creyó oír un golpe en la puerta de la habitación de fuera, y se detuvo para prestar atención. El golpe se repitió, y la joven se levantó, preguntándose qué cliente inoportuno llegaría a aquella hora de la noche.

Abrió la puerta creyendo que iba a encontrarse con un chico de Teléfonos; y se quedó sorprendida al ver a un hombre delante de ella. Era un sujeto alto, vestido con un raído traje gris; y Marjorie hizo ese gesto extraño e incongruente del que ve por primera vez a un desconocido que no llevaba cuello ni corbata. Una camisa blanca abierta, un sombrero usado echado hacia atrás completaban su atavío. El rostro atrayente del recién llegado era de un color caoba oscura; y dos ojos grises y observadores contemplaron a la joven.

- ¿Está míster Vane?-preguntó una voz seca, aunque Marjorie notó que el desconocido se había quitado el sombrero para hablarle.

-No; míster Vane se fue hace diez minutos-repuso la joven.

El recién llegado se humedeció los labios.

- ¿Sabe usted dónde podré encontrarle?-preguntó.

Ella negó con la cabeza.

-En otras circunstancias, hubiera podido decírselo-repuso sonriendo-, aunque no es costumbre dar a los visitantes la dirección particular de míster Vane. Pero esta noche ha ido a Brighton a pasar con un amigo el fin de semana, y no nos ha dejado las señas.

Marjorie vaciló:

- ¿Querría usted darme su nombre?-preguntó, y el otro titubeó.

- ¿Hablará usted pronto con él?

Ella asintió.

-Me llamará por teléfono mañana por la mañana para ver si ha ocurrido algo de interés-dijo-. Le puedo dar entonces su nombre.

El otro seguía en el pasillo aún; y comprendiendo que aquel hombre, a pesar de su facha, podía ser un cliente de importancia, ella abrió por completo la puerta.

- ¿No quiere usted pasar y sentarse un momento?-dijo-. Si necesita enviar un recado a míster Vanee...

El hombre entró pausadamente en la habitación, y se detuvo un momento mirando la silla que la joven le había llevado.

-No, no escribiré-afirmó, al cabo de un minuto de silencio-. Pero ¿quiere usted decirle, cuando llame mañana, que míster Smith ha llegado de Pretoria?

Hablaba con mucho énfasis y calma.

-No se le olvide... míster Smith, de Pretoria. Dígale que necesito comunicarme con él en seguida.

-Míster Smith, de Pretoria...-repitió ella, escribiendo el nombre en una hoja de papel, y preguntándose si tendría mucha importancia aquel Smith, de Pretoria.

Marjorie tenía la vaga sensación de que, aunque el visitante la miraba fijamente, no la veía en realidad. La arruga de su frente demostraba de un modo palpable su preocupación.

Por fin, él se sentó ante el escritorio.

-Escribiré- una nota-dijo-. ¿Puede usted darme papel y pluma?

-Los hay encima de la mesa-repuso ella echándose a reír; y el rostro bronceado del hombre se tino de un rojo oscuro.

-Perdone-murmuró, en son de disculpa-, pero estoy que no veo nada.

Marjorie se fue al otro extremo de la habitación para que él no pensara que estaba mirando lo que escribía; pero el visitante parecía encontrar cierta dificultad en trasladar al papel sus pensamientos. Estuvo quieto durante cinco minutos, mordiscando la punta del palillero.

-No, no escribiré-dijo, y dejó la pluma mientras se ponía en pie-. Diga a míster Vanee que Smith, de Pretoria, ha venido. Creo que con eso bastará. Ya sabe él dónde encontrarme.

Entonces sonaron pasos en el corredor, el pestillo de la puerta dio una vuelta, y esta se abrió. El nuevo visitante tenía, por lo visto, demasiada prisa para llamar.

-¿Dónde está Vanee?-preguntó al entrar. Era sir James Tynewood, algo descompuesto y con el rostro enrojecido.

-Míster Vanee se ha ido-repuso la muchacha; pero sir James no contestó. Estaba mirando al desastrado viajero de Pretoria.

-¡Dios mío!-exclamó, con voz trémula-. ¡Tú..., Jot!

Se quedaron mirando el uno al otro: el joven baronet medio borracho, y el hombre de Pretoria, cuyo rostro parecía una máscara por lo impasible. La pausa que siguió fue angustiosa para la joven. Adivinaba que allí había una tragedia; y su rápida intuición la colocó al momento de parte del viajero de Sudáfrica.

-¿Conoce usted a sir James Tynewood?-balbució Marjorie.

Lentamente, Smith volvió la cabeza hacia ella y enseñó los dientes sonriendo.

-Le conozco muy bien-repuso, y dirigiéndose al otro añadió torvamente-: Mañana me encontrarás en Chase, sir James Tynewood.

El joven baronet quedó temblando, con el rostro blanco como el papel y la cabeza baja.

-Mañana te veré-murmuró con voz ronca, y salió de la habitación.

DEUDAS SORPRENDENTES

-Estoy segura de que algo te ha pasado, querida. Nunca has estado tan agria conmigo como ahora -gimió mistress Stedman.

Su actitud era siempre de queja; y Marjorie estaba ya acostumbrada a estas reprimendas. Se sentaron a almorzar en la modesta casa de Brixton, y mistress Stedman, que, a pesar de sus frecuentes predicciones de que iba a morir muy pronto, había comido bastante, miró a su hija por encima de los lentes, con ademán de disgusto.

-No es nada que me preocupe, madre-repuso Marjorie Stedman, con calma-. Tuve un día agitado ayer en la oficina. Ocurrió algo extraordinario.

-¡Y no quieres decírselo a tu madre!-repitió mistress Stedman, por tercera vez.

-¿No comprendes, madre-repuso la joven, con paciencia-, que los asuntos de mi principal son o deben ser sagrados y que no puedo hablar de ellos?

-¿Ni a tu propia madre?-murmuró, moviendo la cabeza-. Marjorie, yo siempre he tenido confianza en ti y te he pedido muchas veces que me cuentes todo lo que te preocupe.

-Bien; ahora no se trata de un asunto mío-repuso la joven, sonriendo-. Es cosa de otra persona, que a mí no me interesa ni a ti tampoco debe interesarte, madre.

Mistress Stedman lanzó un profundo suspiro.

-Me alegraré el día que dejes esa maldita oficina -dijo-. No está bien para una muchacha verse envuelta en esos crímenes y divorcios y todas las cosas terribles que se leen en los periódicos del domingo. Marjorie posó su mano sobre el hombro de su madre, mientras se colocaba a sus espaldas.

-Mamá, ya te he dicho muchas veces que míster Vanee no tiene nada que ver con ningún crimen. No hemos tenido un criminal en nuestra oficina desde hace cien años.

-¡No digas "nuestra oficina", querida!-exclamó mistress Stedman-. ¡Suenan tan mal! Y haz el favor, cuando nos vayamos al campo y estemos entre gente de nuestra clase, de no hablar de tu empleo. Si se supiera que habías estado a sueldo...

-¡Oh, mamá, qué tonterías estás diciendo!-exclamó Marjorie, perdiendo, por fin, la paciencia-. Porque el tío Salomón nos envió bastante dinero para poder vivir en el campo, ¿crees que vamos a tener lujos o a tratar con personas a quien disguste que yo haya sido mecanógrafa en el despacho de un abogado?

-Secretaria particular-corrigió mistress Stedman-. Insisto en decirte que eres una secretaria particular. No puedo consentir que te llames mecanógrafa, querida. Les he dicho a todas mis amistades que estabas preparándote para el foro. -¡Santo Dios!-exclamó la joven. -El mes que viene no habrá nada de eso-prosiguió la madre de Marjorie, con aire satisfecho-. Dentro de un año, cuando tu tío se haga rico, podremos comprar la hermosa casa donde yo nací..., la finca de los Stedman...

La finca de los Stedman eran tres acres y medio de jardín y de excelentes pastos. Marjorie había hecho una vez una excursión a Tynewood...

¡Tynewood! Pues aquellos debían de ser los terrenos de sir James. Marjorie decidió preguntárselo a míster Vanee, en cuanto tuviera una oportunidad

Aquella mañana, mientras iba a la ciudad, pensó en los acontecimientos de la noche anterior. ¿Qué dominio tendría aquel forastero de Sudáfrica sobre sir James Tynewood? Marjorie no podría olvidar nunca el rostro lívido del baronet cuando vio al hombre del traje raído. En una de las caras había terror y en la otra severidad. ¿Sería un chantaje? ¿Acaso el conocer una indiscreción de sir James daba a aquel hombre tanto ascendiente sobre el otro? No podía decidirse la joven a aceptar esta hipótesis. Había algo en el rostro de Pretoria Smith que impedía esta explicación. Si alguna vez la honradez y los propósitos rectos

brillaron en los ojos de un hombre, fue en los de Pretoria Smith.

Marjorie llegó a la oficina media hora más pronto que de costumbre. No quería dejar pasar la llamada telefónica de míster Vanee, la cual llegó a las once.

-¿Va todo bien, señorita?-preguntó él; y Marjorie le habló del visitante.

-¿Smith?-contestó la voz seca del otro-. ¿De Pretoria? No le esperaba hasta dentro de una semana. Iré ahora mismo a la ciudad.

-No ha dejado señas-dijo la joven.

-Sé dónde encontrarle-repuso Vanee-. ¿Le habló a usted de algo?

-No pasó más que lo que le he dicho; sir James llegó cuando él estaba aquí.

Marjorie oyó la exclamación de míster Vanee. -¿Se encontraron en la oficina? ¿Qué pasó? -preguntó la voz angustiada del abogado.

-Únicamente que sir James pareció descomponerse mucho; y se fue inmediatamente.

Hubo una larga pausa, y Marjorie creyó que Vanee había colgado el auricular. De pronto, oyó su voz.

-Salgo en el tren de las once y cuarenta y cinco. Estaré en la oficina antes de la una. Coma temprano. ¿Ha visto usted los periódicos?

-No-repuso ella sorprendida. Era una pregunta que no solía hacerle-. ¿Qué ha pasado?

-Pues que sir James Tynewood se ha casado con Alma Trebizond, la actriz-exclamó, con voz sombría, el abogado-. Va a haber mucho jaleo en la familia Tynewood.

Aquel día fue de sorpresas para la joven. Durante la mañana llegó otro desconocido a la oficina... Un hombre grueso y amable, indudablemente de origen judío. Era costumbre de la casa hacer que el primer empleado se las entendiese con los clientes nuevos; pero aquel día, el empleado estaba de vacaciones, y la joven tuvo que recibir al visitante.

-¿Es usted la secretaria particular de míster Vanee? ¿Sería posible verle hoy? Ella negó con la cabeza. -Míster Vanee vendrá a la ciudad a atender un asunto muy importante, y no creo que se ocupe de nada más. ¿Puedo hacer algo por usted?

El hombre dejó cuidadosamente su sombrero sobre la mesa, sacó una gran cartera y extrajo de ella un documento.

-Bueno, esto no tiene por qué quedar secreto, señorita-dijo-. Tengo que ver a míster Vanee antes del lunes, y si no puede ser, decirle que míster Hawkes, de la casa Hawkes & Ferguson, financieros, le han llamado con motivo de las deudas de sir James Tynewood.

-¿Las deudas de sir James Tynewood?-repitió ella perpleja, y el otro asintió.

-Ese joven me debe veintiocho mil libras, y este es un asunto que me preocupa. El quiere renovar sus pagarés y pedirme un poco más de dinero, pero yo he de ver a míster Vanee antes de seguir adelantando cantidades.

-Pero sir James Tynewood es un hombre rico -replicó la joven.

-Y yo soy muy pobre-afirmó el otro, haciendo una mueca-. Por eso necesito que me devuelvan algo de lo mío.

-¿Ha visto usted ya a míster Vanee?

El visitante negó con la cabeza.

-No. Sir James me pidió que no me entrevistara con sus abogados; pero las cosas han ido ya un poco lejos para mí, señorita. Soy un hombre de negocios y, como buen demócrata, no tengo ningún respeto por los títulos. Los únicos que me interesan son los títulos de propiedad. He dejado en paz a la casa Vanee & Vanee cuanto he podido; pero ahora he de echar mis cuentas. Comprenda usted, señorita -añadió confidencialmente-: yo me dedico a prestar dinero y conozco los asuntos de todos mis Colegas. Sé que sir James ha pedido prestado bastante a la casa Crewe & Jacobsen, a la Bedsons Ltd. y a media docena más.

Debe en todas partes... A la agencia de automóviles de Bond Street cerca de tres mil libras por un coche que regaló a Alma Trebizond. Cuando vi esta mañana en los periódicos la noticia de su boda, me dije: "Bien; vamos también nosotros a hacer nuestros arreglillos."

Sonrió, y añadió bajando la voz:

-Mire usted, señorita; yo soy un hombre de negocios y usted una mujer de negocios. Temo por mi dinero, y si dice usted a Vaneer algo para que mi deuda se arregle la primera, tendrá usted una bonita comisión.

-No tengo costumbre de aceptar comisiones-replicó la joven, fríamente-, y mi posición tampoco me lo permite. No soy más que la secretaria de míster Vaneer, y no sé si a él le agradaría saber lo que me ha confiado usted.

Con esto terminó la entrevista y todas las relaciones entre Marjorie Stedman y la casa Hawkes & Ferguson. Cuando Vaneer llegó, ella le puso en antecedentes de toda la conversación, y el abogado se puso muy serio.

-Prestamistas, ¿eh?-dijo con calma-. Ya sospechaba yo algo de eso. Telegráfeme a míster Hermán que venga a la oficina.

Míster Hermán era el agente.

-No quiero molestarle a usted con este asunto.

Hermán se encargará de averiguar cuánto debe ese loco.

-Pero, míster Vaneer, ¿no es sir James muy rico?

-Mucho-repuso Vaneer.

Aquella tarde, aunque era sábado, hubo muchas idas y venidas en la oficina. Llegó míster Hermán y volvió a marcharse en un taxi para hablar con los acreedores de sir James, o al menos con aquellos a quienes se pudiera encontrar en un período tan intempestivo de la semana.

4

LO QUE SUCEDIÓ EN TYNEWOOD CHASE

Ante la sugerencia de Vaneer, la joven se quedó hasta bastante tarde en la oficina. No tenía nada que hacer; pero Marjorie suponía que más pronto o más tarde harían falta sus servicios, y en esto no se equivocaba. A las cinco sonó el timbre; y la joven entró en el despacho de míster Vaneer. El abogado estaba cerrando un gran sobre donde se guardaba, indudablemente, todo lo que había estado escribiendo por la tarde. Selló el sobre y mojó la pluma en el tintero para poner la dirección; se detuvo vacilante:

-¡Hum!-dijo-. ¡Esto sí que es fuerte!

Luego escribió un nombre:

"Sir James Tynewood, Bart", leyó ella por encima del hombro de Vaneer, y una sensación de desaliento la invadió, porque comprendía que tenía que llevar aquella carta y aún no había olvidado la aventura de la noche anterior.

Con gran sorpresa suya, Vaneer cogió de la escribanía un sobre aún mayor y guardó dentro de él el primero. Esta vez escribió un nombre desconocido para la joven: "Dr. Fordham, Tynewood Chase, Tynewood."

El abogado se sumió por un instante en profunda meditación y luego alzó los ojos, sonriendo.

--Miss Stedman-dijo-; necesito que haga usted una excursión. ¿Conoce usted Tynewood?

Ella asintió.

-Está en Droitshire-explicó él-. Puede usted tomar en Paddington un tren que sale a las cinco cuarenta y cinco y estar allí antes de las ocho. La estación más cercana se halla a tres millas de Tynewood Chase, pero yo telegrafiaré a la fonda del León Rojo que manden un

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

